

CETERIS PARIBUS

Carlos Zermeño¹

*I hurt myself today
To see if I still feel
I focus on the pain
The only thing that's real*
Johnny Cash

Si yo en este momento lanzara al aire la pregunta "¿qué fue primero, el huevo o la gallina?", el lector promedio, quizás no preparado para asumir tan sencillo reto, la consideraría una paradoja insensata (el huevo viene de una gallina que viene de un huevo que viene de una gallina...). Sin embargo, si se toman algunos segundos para pensarlo, es posible decantarse por una u otra posibilidad. Una parte de quienes crean saber la respuesta dirán que la gallina fue primero, pues simplemente es, y su estar, incuestionable, obedece a las leyes de un diseño superior (la primera gallina, por lo tanto, fue simplemente creada).

Por otro lado, se entiende que hablamos de un huevo de gallina (de lo contrario, la pregunta sería una trampa), pero existe un caso posible donde de un huevo de no-gallina nace una gallina. Le corresponde a otros definir las características *sine qua non* de una gallina, pero supongamos, por un momento, que dichas características están claramente delimitadas: de faltar una, el ser en cuestión no puede ser una gallina. Por un momento, imaginemos a un ser increíblemente parecido a una gallina y que, sin embargo, carece de uno de estos elementos constitutivos. Este ser, como especie, está a poco de hallar un equilibrio físico que le permita adaptarse a un medio determinado; ese poco que falta es, precisamente, el elemento que les impide ser gallinas. De la mezcla genética de esta especie surge, en un momento dado, un ser que sí reúne las características de la gallina. Esta gallina, sin embargo, no nació de una gallina sino del huevo de un ser que podríamos llamar, para fines prácticos, proto-gallina. El huevo, por lo tanto, debió ocurrir primero.

Tal es el milagro de la evolución, que avanza lentamente a través de los siglos. Tan lentamente que no hay memoria que pueda registrarlo. Los seres se encuentran en un estadio evolutivo eternamente en presente. El pasado es demasiado borroso ("así siempre ha

rido", es la descripción habitual) y el futuro es imposiblemente inalcanzable. Las proto-gallinas estaban a un paso evolutivo de ser gallinas. Este paso evolutivo está representado por una necesidad específica, una carencia que limitaba sus capacidades de adaptación a un medio determinado. Una vez alcanzado de manera generalizada dicho estado evolutivo, es el medio el que cambia para adaptarse a las gallinas. Así, el ciclo se reproduce infinitamente, a lo largo de un tiempo igual de infinito.

Sin embargo, existen casos donde el proceso evolutivo puede ser modificado, incluso acelerado. Muchas de las mascotas modernas tienen antecedentes en animales salvajes; los cambios gestados se pueden realizar a través de técnicas de *breeding* selectivo, donde los criadores seleccionan las características que querían o no conservar. El proceso es lento pero, como puede observarse a simple vista, muy efectivo (sólo imagínese un lobo salvaje junto a un perro faldero).

El problema es que para todas las especies dirigir su propia evolución es imposible por una sencilla razón: carecen del *self-awareness* necesario para detectar sus necesidades evolutivas. Existe sólo una especie, la humana, capaz de analizarse a sí misma en un contexto dado y, a partir de allí, clasificar una serie de carencias que deben corregirse. Desafortunadamente, que la humanidad se evolucionara a sí misma por estos métodos requeriría un esfuerzo imposible. Sólo queda una alternativa: la evolución "artificial".

A través de algunas sustancias y cirugías se pueden modificar las cualidades físicas de un individuo, pero estos cambios no son perdurables porque en el proceso evolutivo no hay herencia de características adquiridas. De modo que el primer paso sería la evolución genética: la manipulación de cualidades intrínsecas que puedan heredarse. A través de ella podría potenciarse la fuerza o el intelecto, e incluso eliminar características indeseables. Este proceso tiene una limitante fundamental, pues ni la fuerza ni la inteligencia pueden llevarse más allá de excederse de las características físicas de los músculos, o sobrepasar la capacidad de las neuronas finitas.

El siguiente paso, más artificial que el anterior, sería modificar aquellas partes del cuerpo que no sean capaces de manejar las funciones mejoradas. De este modo, un esqueleto podría contribuir a la resistencia necesaria para soportar la fuerza extra. Estos implantes biónicos podrían, incluso, reemplazar algún miembro perdido o cumplir la función de un órgano dañado. Hasta este punto aún hablamos de humanidad, pues los implantes no son heredados (son características adquiridas) y los genes, aunque modificados, siguen siendo los mismos.

Siguiendo (en este sentido) esta misma línea, el avance lógico sería la mejora de los propios implantes. En la tierra, la vida está compuesta por materia orgánica, cuyo elemento fundamental es el carbono, por lo que los implantes mejorados deberían ser creados a partir de materia orgánica artificial, que podríamos llamar materia biosintética. Si las mejoras se registrarán en el código genético (escribiendo en el ADN las instrucciones para que el cuerpo genere este material híbrido), los humanos mejorados de este modo pertenecerían a una especie distinta, y podríamos clasificarlos como transhumanos, por su **carácter** transitorio y trascendente.

El gran problema adaptativo (y la razón por la cual requiere evolucionar) es el consumo desmedido de recursos, de modo que la fase final tendría dos momentos principales: la purificación y la depuración. Purificar implicaría eliminar de la especie transhumana los vínculos humanos, representativos de sus limitaciones; si es posible la vida orgánica a base de carbono, es posible la vida sintética a base de algún componente no degradable (los implantes biosintéticos representan el punto intermedio entre ambas formas de vida). El paso de los transhumanos a una forma sintética de vida implicaría un cambio tan grande que se crearía una especie nueva: los posthumanos. A ellos les corresponde la última tarea de la humanidad (pues fue una labor humana acelerar la evolución): la depuración: eliminar sistemáticamente todo rastro de las especies humana y transhumana.

Al ser el posthumano un ser que conscientemente ha evolucionado hasta un estado superior, se tiene por cierto que sus rasgos más sobresalientes deberían ser el consumo eficiente de recursos no orgánicos, capacidades físicas aumentadas, potencial intelectual ilimitado e

inmortalidad biológica. La humanidad, en este punto considerada un fósil viviente, debería ser erradicada y, con ella, su parasitismo. Sólo entonces podría el mundo seguir su curso evolutivo, sanando las heridas causadas por los voraces homínidos. Los posthumanos, un pequeño grupo de seres inmutables, deberían habitar la Tierra en paz, cultivando por siempre las ciencias y las artes. Todas menos la historia, condenada a desaparecer, pues una generación se extendería indefinidamente. La vida de un ser infinito no tiene horizontes; no hay sendero andado ni rumbo. No hay memoria ni esperanza.

Les juro que así es como ocurrió.

¹ Egresado de la carrera de comunicación del ITESM y actualmente estudiante de maestría en la misma institución.